

La Presentación
Morelia 10 octubre 1972.

Problema Estético

Manuel López Pérez

Mi coterránea, la singular poetisa cuyo nombre callo por razones que más tarde comprenderá el lector, me había anunciado su viaje a la capital de la República, advirtiéndose que era urgente la reserva de un tiempo indefinido —estos avisos se justifican por la apremiante necesidad de aprovechamiento temporal que desgraciadamente caracteriza la vida metropolitana— ya que no me arrepentiría de ello, porque me presentaría una beldad acerca de la cual sólo me adelantaba que era —y a eso se limitaba el saber de la escritora— una feliz combinación de las razas griegas y árabe.

En esos días, la travesura de un amigo me había llevado a la condición de bibliotecario y cubría las molestas jornadas en Uruguay e Isabel la Católica, debiendo aclarar que mi queja no se debe al trabajo en cualquier forma considerado, sino al ambiente helado de la Biblioteca Nacional que permaneció cerrada cinco años —los mismos que duró mi ineludible pasión— para aplicar el acervo de libros la técnica de Dewey, según las resoluciones de Bruselas. Además, el director y la mayoría de los trabajadores de la institución eran unas viles ratas díscolas, capaces de amargarle el pan al más adelantado discípulo del pobreclillo de Asís.

Al recibir la carta de la literata michoacana, a cuyo asunto ya me referí, tomé todas las medidas conducentes a disponer para el día que la poetisa había fijado, de la etapa vespertina de nuestra labor. Sin embargo, a las tres de la tarde debería estar, en punto, en la puerta principal, por la calle de la República del Uruguay.

Con precisión inglesa, comparecieron las bellas mujeres, pero al cumplirse promesa de la presentación, sufri un verdadero deslumbramiento. Aquella mujer era el día de Alá labrado según los cánones de Fidias o de Policleto. Tenía de edad indefinida de las diosas, pues era imposible, pues era imposible inferirla de una piel en que se presentaban en estético duelo, los atezamientos del raso y de la seda, las lisuras del mármol y las coloreadas suavidades del pétalo de la más fina rosa; y tampoco sus proporciones ofrecían indiscreción alguna: era una figura a escala de la más perfecta modelación clásica, con la gracia nueva de las mujercitas de Tanagra. El pelo dorado recordaba de la frase del poeta: "luz sobre un vaso de alabastro", y en cuanto a sus andares que hacían atenuarse con cristiana compasión las muselinas del vestido, tenues como las alas de las libélulas, deben haber sido los mismos que vio París en Helena, la Helena viva que hizo la desgracia de los troyanos, o aquellos de que disfrutó Fausto cuando con sus poderes mágicos hizo marchar hacia su lecho a la evocada y corporizada esposa de Menelao.

60

Pag

+

Do. La Provincia

Morelia 10 octubre 1972.
Problema Estético.

El lugar que se imponía para la charla a la que se me invitaba, tenía que ser —la desgracia estaba en eso: en que tenía que ser— un café. El más próximo era el Do Brasil, y allí fuimos, viéndome precisado a cambiar mi esquadrita calibre 25, de la bolsa derecha del chaleco a la también derechera del pantalón. Y era que con aquellos monumentos, fundamentalmente con aquel exótico monumento, no podía menos que esperar que los concurren tes al café entraran en alborotos admirativos cuyas expresiones podrían ofenderme. Por ello, por temor a ello, entré moviendo bruscamente las sillas y repartiendo miradas de perdonavidas. Algo logré, porque al menos no hubo necesidad de recurrir a cambios de palabras violentas ni de invitaciones a duelo, como ya me había pasado con una dama que se quitaba los zapatos en sitios similares, circunstancia que se hacía notar con sus frecuentes viajes al teléfono.

No cansaré al lector ni con acentuar, narrándoles aquellos momentos de solaz y de éxtasis, provocados por la donosura de la mestiza bellísima y cordial. Realmente, lo que me interesa es un interesante aspecto anecdotico de la entrevista. En él se demuestra que tenía conciencia perfecta de su hermosura. De que se amaba a sí misma. De que, además, estaba decepcionada porque algún CIEGO no había podido captar el valor de sus encantos. El lector apreciará el problema estético de la bella en la siguiente pregunta que me formuló sorpresivamente, como queriendo evitar que buscara pretexto para no responderle:

—No tengo inconveniente en confesarle un pecado de egolatría, porque me he dado cuenta de que ya lo conoce: sé que soy bella. ¿Me aconsejaría usted dejarme llevar al estado de gravidez?

Lo primero que comprendí fue el drama del marido: el narcisismo femenino de lo enteramente privado suele pasar a lo profesional: senos, manos piernas, que se ASE-GURAN (aseguramiento contra su deformación o pérdida). Ello significa una rutilación de las caricias y cualquier clase de ocasiones en que tales órganos peligren. Pero comprender me obligaba a dar una respuesta hábil, para no ofender a nadie, mucho menos con una tirada sobre moral, por más poética que hubiera podido resultarme. Decidí que el proyectil RETACHARA.

D La Provincia

Morelia 10 de octubre 1972.
Problema Estético

—Usted misma va a decidirlo, X. Y no para chocar con la gracia de su presencia, seguiré el ejemplo del más grande poeta del mundo, aquel que predicó junto al lago de Tiberiades, recurriendo a la parábola: Se cuenta que por un breve tiempo estuvo perdida la Venus de Milo que se exhibe en el Louvre. Cómo fue robada y cómo apareció, es otro asunto. Lo que interesa es un trance en que se vio el ladrón que bogaba de Sicilia a Italia, en una barca muy pequeña, en la que apenas podían ir él, un negro y la diosa de la que había logrado apoderarse. Daba la casualidad que el negro, un feo abisinio, pesaba lo mismo que la escultura inmortal. Sobrevino una tormenta y se hizo indispensable lanzar a las olas embravecidas uno de los tres

cuerpos. El ladrón no iba a suicidarse. No quedaban, por lo tanto, más que la Venus y el negro. ¿Quién sería echado al mar? Dígame usted.

—Por favor, dígame quién fue la víctima.

—Es obvio, hermosa X, el negro. ¿Está resuelto, en su interior, el problema estético?

—Sí.

Y me miró como deben mirar los ópalos.

Nos retiramos al fin del Do Brasil. Y los parroquianos la vieron andar como la vi yo al seguirla, con los andarse que París debió admirar en Helena caminando por el gineceo, o los que vio Fausto a la mujer de Menelao evocada mediante su potente magia, al caminar hacia su lecho, hasta entregársele toda, toda, haciendo que sus labios dejaran en los del diabólico poseedor, el ineludible SABOR A CENIZA de todo lo transitorio.